

## ***Crónica de mi viaje a Kenia de los días 25 de agosto al 2 de septiembre de 2008***

Está claro: tengo que comenzar haciendo una alusión a la suerte. Concretamente, a la buena suerte. Tiempo habrá de prestarle atención a la otra, a la mala suerte, del mismo modo que tendrá su turno eso otro que parece suerte, o a lo que se le da ese nombre, pero que poco o nada tiene que ver con el azar.

Pero por ahora, el tema está en que me tocó un billete a Nairobi, Kenia, en un sorteo benéfico. Eso es buena suerte. Ni siquiera tuve que estar allí presente la noche en que la mano de la diosa Fortuna sacó el trocito de papel con el número ocho, el mío (y aclaro que escribo *diosa* porque al día siguiente vi las fotos de la rubia a la que pertenecía esa mano).

No entraba en mis planes salir de España el verano de 2008, pero estas oportunidades se presentan pocas veces en la vida, o ninguna, por lo que no se pueden dejar pasar así como así. Si además resultaba que allí me iba a reunir con cuatro amigos, lo mejor era no darle demasiadas vueltas y mirar hacia África. Mirar hacia África, sí, pero ¿hacia dónde, exactamente? De repente, era yo como ese norteamericano medio en el que nos gusta pensar y que no sabe situar España en el mapa. Cómo nos gusta burlarnos de ese arquetipo paleta. ¿Injusta comparación? Quizá, pero basta poner *español* en vez de *americano*, y un país africano, casi uno cualquiera, en el lugar que ocupa *España* en la mente de un tejano o de un tío de Ohio, para por lo menos empezar a dudar. Uno cualquiera, digo; por ejemplo, Kenia: al sudeste de África, en la costa del Índico, encima de Tanzania, debajo de Etiopía y Somalia, y lindando con Uganda al oeste. Vaya. Encantado. No creo que sea esto exactamente a lo que se refiere BOMA cuando nos propone *Encuentra Kenia*, pero seguro que así ya había dado el primer paso para encontrar el verdadero significado de esa invitación.

Camisetas, pantalones, zapatillas, camisas, ropa de bebé, material escolar, y así hasta completar casi veinte kilos de la pesada maleta. Cuando acabé de llenarla, seguía teniendo más ropa de la que necesitaba, como el resto de miembros de mi familia que me ayudaron a que no cupiese ni un solo cuaderno más en la misma. Esta maleta se iba a quedar allí. No sabía muy bien qué fin se le daría, pero seguro que allí le darían mejor uso que el que había tenido en el armario donde un día se quedó para no volver a ser recogida.

Pasaporte, medicinas, cremas de sol, mosquitera, repelentes de insectos, las pastillas para la malaria, una linterna, los dólares, bañadores, toalla... Cuando vas a África por primera vez piensas mucho en qué tienes que llevarte y siempre te queda la sensación de que algo fundamental se te va a olvidar. Lo que suele pasar luego es que nada es fundamental, sobre todo cuando la importancia de cada cosa se relativiza a la luz de la realidad bajo la que tienes que juzgarla. Vámonos.

### **25 agosto – 29 agosto 2008**

Salí de Madrid sobre las dos de la tarde del último lunes de agosto de 2008, y llegué a Nairobi a las seis de la mañana del día siguiente, hora local (la diferencia es de una hora más), después de haber cambiado de avión en Londres. Al poco tiempo de estar allí y haber mantenido mi primera conversación con una keniana (lo cual no deja de ser una suposición basada en el evidente hecho de que era negra y estábamos en Kenia) conducente a poder dejar en la consigna el maletón que traía, aparecieron los otros cuatro miembros del quinteto español que formaríamos desde ahora hasta el final del viaje: Isabel (con la cabeza llena de laboriosas trenzas) Luis, Jaime, Pablo y yo. El plan era viajar hasta Mombasa inmediatamente, en la costa de Kenia, donde nos quedaríamos dos noches. Así que empalmé, muy felizmente, como imaginaréis, un viajecito en avión de quince horas, trasbordo incluido, con este otro vuelo, mucho más corto. El hijo de unos amigos de los padres de Jaime, actual vicepresidente de BOMA, nos recogió en el aeropuerto de Mombasa y nos llevó conduciendo hasta la que sería nuestra residencia, cerca de la playa.

La casa tenía un bonito y espacioso porche frontal con una gran mesa redonda de madera que pronto descubriríamos que se cubría de rica y exótica fruta fresca, tostadas, café y embutidos por las mañanas a la hora del desayuno. Es el momento de hacer una mención especial a la fruta local: melones, papayas, limas, mangos... deliciosas muestras de la supremacía autóctona de este género al que sólo de lejos se les parecen sus primas de los supermercados madrileños.

Lo que podía verse sentado a esa mesa era un amplio jardín que acababa directamente en una salvaje playa. Y no perdimos el tiempo: fuimos paseando esa misma tarde, después de vencer el poder de atracción que tienen los sofás después de un largo viaje, hacia una suerte de chiringuito cercano donde me tomé mi primera *Tusker*, una cerveza

keniata, y mi primera y última *Pilsner*, también keniata pero a mi entender, bastante menos buena. La siguiente cerveza que me tomaría sería durante la cena, acompañando a una hamburguesa que hizo las delicias de todos nosotros, pero principalmente de Isa y Luis, que no probaban la carne desde hacía días y la echaban verdaderamente de menos. Este día acabó entre copas de vuelta en la casa de nuestro anfitrión. Cansados, nos fuimos a dormir.

Amaneció una agradable mañana de cielo soleado y temperaturas suaves. Los mosquitos me habían respetado durante la noche, a lo que seguramente ayudó el *Relec* y las mosquiteras con que protegíamos nuestro sueño. De hecho, ni un solo mosquito se atrevió con el que escribe durante los siete días completos que estuve en Kenia, lo cual me ha servido para confirmar la mala sangre que me he creado sin duda al escuchar según qué opiniones o actuaciones radiadas o televisadas de la fauna política española escuchadas durante años, quizá demasiados.

Aquel día empezó la gestación ilusoria de lo que bien podríamos llamar *El Mito de África*, la estafa de un continente supuestamente pobre que, ahora empezaba a darme cuenta, tenía engañado a occidente. Me explico: pasamos el día tumbados en una playa de blanca y fina arena que bien podría haber sido de Cádiz, si no fuera porque por la orilla desfilaba un camello (sí, un camello en la playa). Se trataba de una atracción turística más del lujoso complejo hotelero en el que contratamos una excursión en un barco con el suelo transparente para poder practicar buceo sin botella (me resisto a llamar a esta actividad *snorkeling*, mucho menos por escrito, por poner un poco de mi parte en la defensa del idioma y en la batalla contra los muchos anglicismos que nos invaden y que por pura vagancia no intentamos sustituir, posibilidad casi siempre factible; ahora bien, lo cierto es que así nos referíamos a lo que de toda la vida ha sido ponernos unas gafas, un tubo y unas aletas). Las olas rompían en el horizonte al chocar contra la barrera de coral hacia la que nos aproximamos cuanto pudimos para poder echar un vistazo a sus profundidades llenos de curiosidad. ¿Y esto era África? ¡Todo lo que había escuchado era pura mentira! ¿Casas en la playa, buena comida, complejos de lujo? ¿Dónde estaban las historias que me habían contado?

Desgraciadamente, no me faltaba demasiado para apartar las ganas de broma y comprobar por mí mismo que aquello *también*, pero lamentablemente no *sólo*, era África.

Vuelvo a *esta otra* África, en la que estábamos por ahora. Al regresar después de tan duro día, qué mejor opción que una ducha y una succulenta cena en un restaurante llamado *The Moorings*, que tenía la particularidad de tener algunas mesas, entre ellas, la nuestra, situadas sobre un embarcadero flotante que hacía que el suelo se meciese cada vez que los camareros se acercaban. Afortunadamente, esa noche ningún cocodrilo nos atacó mientras cenábamos a la luz de las velas, a pesar del cartel de aviso que había en la entrada y que advertía de que uno de ellos había tomado la costumbre últimamente de darse paseos por los alrededores. Una suerte, desde luego.

Era la segunda de las dos únicas noches que íbamos a pasar en Mombasa, así que no se nos ocurrió mejor despedida que seguir la recomendación de nuestro anfitrión y tomarnos unas copas en *Cobos*, un bar con diversos motivos italianos, casi todos debidos al fútbol, donde dimos buena cuenta de varios güisquis y de más rondas de chupitos de las habituales. Como os imaginaréis, no éramos los únicos guiris en ese sitio. Pero fuimos los últimos en irnos.

Dormimos poco más de tres horas porque al día siguiente teníamos que coger el siguiente avión (no parece por sí sola la única razón, ¿verdad?). Había que hacer las maletas rápido y en condiciones francamente mejorables, ya que teníamos que llegar al aeropuerto de Malindi, desde donde salía el avión que nos llevaría a nuestro próximo destino, Lamu, un archipiélago del Índico en una de cuyas islas está la ciudad del mismo nombre que la UNESCO reconoce como patrimonio de la Humanidad.

El aeropuerto de Lamu se llama así, aeropuerto, porque allí aterrizan aviones. Y nada más que por eso. Las tiendas son unas chozas que envidian algunos puestos de mercadillos españoles, los pesos para el equipaje son básculas con manecillas, y las cintas para recogerlo dan paso a personas con carretillas. Desde aquí nos desplazamos en bote hasta la isla en la que pasaríamos los siguientes dos días. Nada más llegar al malecón, comprobamos por nosotros mismos lo que nos habían contado: después del hombre, el burro es, con mucho, el mamífero más extendido en aquel lugar. El segundo le sirve de medio de transporte habitual al primero, por la sencilla razón de que los asnos aventajan, aproximadamente, en unos tres mil efectivos a los coches como medio de transporte. Esto deja el total de dichos medios de transporte en tres mil uno (o tres mil dos, si contamos el

coche que sirve de ambulancia del hospital de burros, cuestionable e irónica cortesía de una asociación inglesa que ayuda a estos afamados animales).

¿Pero dónde nos alojaríamos? Habíamos dejado estos detalles organizativos a Isa y Luis, los mejores conocedores de la zona con los que contaba el quinteto, y ellos habían contactado días antes con un español que habitaba en la isla y les había dicho que nos reservaría habitación en algún hotel de la zona. Sin embargo, su móvil no estaba operativo y no respondía a nuestras llamadas, así que tomamos la decisión de ir a su casa a verle y a preguntarle por el sitio en el que podríamos soltar las mochilas y empezar a descubrir aquel singular lugar, mayoritariamente islámico en lo religioso pero con la mezcla cultural que otorga el haber sido un importante puerto comercial del África oriental durante siglos, sin duda, en una época de mayor auge. Afortunadamente, todo el mundo conocía dónde vive este español en cuestión, de nombre Rafael, y no sólo porque evidentemente no abundan los españoles que establecen su residencia en Lamu, sino porque este madrileño de treinta y seis años es el fundador de *Anidan*, una asociación entregada a la ayuda a los niños que cuenta con una casa de acogida donde viven o pasan buena parte de su tiempo unos cuatrocientos afortunados pequeños. De modo que otra vez al bote, después de dejar el equipaje de modo provisional en un hotel, bordeando la costa hasta alcanzar los dominios del bienhechor de Madrid.

Logramos dar con Rafael, cuya mirada y cara, incluso con más nitidez que sus propias palabras, dejan adivinar los robos, las peleas, la miseria, la malaria o el dengue que en los siete años que lleva viviendo en Kenia ha padecido. Su hospitalidad es digna de mención, como no menos lo es decir ahora que el año pasado BOMA había donado una generosa cantidad a la asociación que él dirige, una vez que hubo financiado todos los proyectos que nuestros amigos se habían propuesto impulsar, y en los que seguramente todos los que ahora leéis habéis contribuido.

Nos enseñó las admirables instalaciones que allí ha levantado mientras paseábamos por ellas tan atentos a sus explicaciones como podíamos (digamos, por decirlo todo, y podéis creerme que es una persona sencillamente digna de toda admiración y respeto, que las palabras del que estaba a punto de convertirse en nuestro nuevo anfitrión, palabras hiladas y casi ininterrumpidas por la quizá excesiva egolatría del que ha triunfado en lo que se ha propuesto, no eran precisamente un ejemplo de humildad o modestia): un enorme pabellón para los niños con cuartos con capacidad para tres literas dobles de obra,

otro igual para las niñas, otro edificio con la cocina y el comedor, otro para la escuela, con sus diferentes clases y zonas para el recreo, y un pequeño hospital con médicos voluntarios al que acude gente de otras partes de la isla ante el infrecuente reclamo de la gratuidad. Ciertamente impresionante. Cuando nos ofreció quedarnos en su centro de acogida, aunque no sin cierto debate al respecto, supimos que sería un privilegio poder conocer de primera mano y desde dentro aquella altruista obra de la que hasta hace unos días no sabía nada, cuando en Málaga di por casualidad, hojeando un semanario, con una entrevista que recientemente le habían dedicado y que había recortado y llevado conmigo. El propósito original que teníamos al visitarle, sin duda, era el de conocer a este fenómeno de la ayuda al prójimo, aprender de su experiencia y tomar cuanto fuese de utilidad para poder desempeñar la tarea de ayuda que cimienta y da sentido a la actividad de BOMA.

Mientras nos contaba cómo había levantado su pequeño imperio solidario, se le acercaban sonrientes las pruebas vivientes de su éxito: niños aseados y bien nutridos que le saludaban y le daban besos, algunos de los cuales tenían como segundo nombre el de Rafael, casi todos portando, normalmente sin ser conscientes de ello, una trágica historia familiar. Pero como ya explicase Isabel en la entrada del *blog* del 31 de agosto de la asociación, que debéis tener en mente para entender lo que sigue, hubo más de decepción que de impulso en las palabras de Rafael. Los siete años en Kenia le dan un innegable crédito a sus consejos e infunden respeto hacia todo lo que tenga que decir sobre estos asuntos. Indiscutible.

Sin embargo, hablo por mí, y quizá por los cinco que aquella tarde le escuchamos durante horas, cuando digo que me quedó la sensación de que lo que diferencia a Rafael Selas de Isabel Garro y de Luis de Azcoitia es una cuestión de fondo sobre la naturaleza humana que va más allá de una simple sospecha: la convicción de la pareja de que las personas tienen capacidad para ayudarse a sí mismos como pueblo, y que no pueden, ni quieren, depender para siempre de la ayuda puntual extranjera para salir adelante y defender a los suyos. Los keniatas, sean kikuyus o de cualquiera otra tribu, no pueden ser una excepción, no pueden ser egoístas hombres-niños para siempre incapaces de tener visión de futuro y de poder arreglárselas por sí solos. Al menos, no todos *tienen que ser así*. Rafael ha conseguido grandes logros, alcanzado una importante meta. Pero para llegar a esa misma meta, o a una parecida, se pueden tomar diferentes caminos, y puede haber más de uno

bueno. Rafael encontró el suyo, y no se siente capaz, con el corazón en la mano, de recomendar uno alternativo al que él siguió. Es respetable, y hasta comprensible.

Pero, ¿y si hay otros caminos y sólo hace falta el tiempo, la fe, la dedicación y el valor suficientes para recorrerlo? Hay que encontrar a las personas apropiadas, de confianza, que sean capaces de ver las posibilidades que tiene delante, y con las ganas de querer avanzar y de hacer las cosas bien, erigiéndose en su propio país en verdaderos pilares de la construcción de un proyecto que puede hacerse realidad. ¿Será cuestión de suerte dar con las personas adecuadas? Pues probablemente aquí la suerte sí tenga algo que decir. Y por si con eso no basta, Isa y Luis siguen trabajando, y mucho, en Kenia o desde España.

Después de la mencionada charla, conocimos a Nicholas, un *maasai* que nos acompañó a por las maletas y que, de paso, nos ayudó a descubrir la ciudad mientras recorríamos sus calles con él como guía. Los *masaais* son pastores que en otro tiempo fueron una tribu de temidos guerreros y que, por cierto, viven en asentamientos llamados *bomas*, nombre que han tomado, lógicamente, de la asociación y que constituye una publicidad impagable por la que todos le estamos sinceramente agradecidos. Quizá hayáis visto a alguno de ellos dando espectaculares saltos como parte de una peculiar danza de cortejo, posiblemente con una lanza en la mano, ataviados con telas de colores rojo o morado y adornados con pulseras y collares (son muy coquetos y estilizados). Ahora llevan móvil y si no están trabajando, no todos se visten al modo tradicional.

Por detalles como que sus mujeres se sientan en el suelo mientras ellos ocupan las sillas, o que el número de esposas que pueden tener depende de las cabezas de ganado que posean, algunos podrían pensar que son ligeramente machistas. Isabel, por ejemplo, quizá lo sospechase al comprobar que le fue casi imposible conseguir, no ya que le regalase, lo cual intentó varias veces, sino que simplemente le dejase sostener una especie de cayado o garrote que utilizaba Nicholas como arma y que llevaba a la cintura, por la incontestable razón de que *no era para mujeres*. Me entra la risa floja al pensar en la cara que pondría Nicholas mientras una modernísima loba española de paso firme y tacón alto, autodeterminada e independiente, le explica las virtudes de la igualdad entre sexos y sexas...

Tras el paseo, unas cervezas en uno de los bares del malecón y una buena cena, llegó el momento de volver a la casa de acogida de Anidan. Cogimos de nuevo los botes ya que el camino andando (había un verdadero paseo), casi a oscuras y cargados con las maletas nos pintaba un panorama nada deseable. No tardamos ni diez minutos en llegar, la mayoría de los cuales pasé con el cuello estirado, dirigiendo la vista al cielo, y la boca abierta. La poca iluminación que había, sobre todo al estar alejados de tierra, con la noche completamente cerrada, nos había dejado una insuperable y brillante bóveda de estrellas, que de juntas, se diría que trataban de ocultar el negro cielo.

Poco antes de alcanzar la orilla, descubrimos el principal inconveniente de no haber querido caminar: la marea había bajado, la barca no podía llegar hasta tierra firme y el agua cubría unos centímetros en la zona donde teníamos que apearnos, suficientes para que dubitativo te preguntes por qué nadie ha anticipado este detalle y cómo puedes salvar la situación. ¿Existía alguna solución o habría que mojarse sin más? No puede ser, pensaba. ¿Cómo superar este enorme obstáculo? Pues sucedió, y ahora que lo tengo que escribir aún siento mayor bochorno que aquella noche, y de verdad que el cuadro es para sentirlo, que aceptamos el ofrecimiento de nuestro amigo maasai... y, por turnos, nos subimos a su espalda para que nos llevase a caballito hasta la otra orilla. Así es: el miembro de la milenaria tribu africana había transportado en su propia espalda a los españolitos remilgados que no habían querido mojarse sus occidentales piececitos (excepto a Luis, dicho sea en honor a la verdad, que se negó desde el principio y, por lo tanto, se pringó los pies de barro). Prefiero ni intentar adentrarme en sus pensamientos hacia mi actitud. Lo único que sé es que, después de haberle dado las gracias dos o tres veces, él me despachó con un sincero *no problem, my friend*.

El despertador del móvil suena muy temprano. La mayor parte de este día la pasamos en barco. El capitán *Smiley* y su joven tripulación nos recogieron en la misma orilla donde la noche anterior *casi* me tuve que mojar las zapatillas. *The Gunner* (ése era el nombre del barco en cuestión), aunque provisto de un motorcillo que hubo que accionar en alguna ocasión durante las casi dos horas de trayecto, tenía una vela latina que izaban, arriaban o recolocaban según aconsejaba cada tramo de la travesía. A derecha e izquierda pudimos ver la multitud de canales que formaban los islotes que las mareas iban moldeando y cambiando según la época del año, islotes cubiertos por alfombras de vegetación que tenían, en el papel de los flecos de los extremos, a las raíces de los

manglares que los recubrían. Cuando había que virar, un travesaño apalancado a un lateral del interior de la embarcación al que se subían, a la orden del capitán, una o dos personas, hacía de contrapeso y la equilibraba en pocos instantes. Tecnología punta.

Tuve ocasión de pescar con un sedal atado a un pequeño trozo de madera al que habían amarrado un tornillo o un clavo para que hiciera de lastre, usando como cebo un trozo de calamar. Y digo *tuve ocasión* porque no pesqué nada, al contrario que Isa, quien no me perdonaría fácilmente que no mencionase ahora su victoria total sobre el resto de los pasajeros, incluida la tripulación. Nos comimos dicho botín en el propio barco, con un guiso como acompañamiento a base de verduras que había cocinado uno de los marineros allí mismo, encendiendo unas brasas con gran habilidad e improvisando, evidentemente sin improvisar, una parrilla a base de cañas cortadas. Para cuando llegamos al postre, ya estábamos lo suficientemente cerca de la playa a la que íbamos. Estuvimos allí una media hora, y buena parte del tiempo lo dedicamos a perseguir e intentar atrapar alguno de los muchos cangrejos del tamaño de un puño que allí encontramos.

Nuestra estancia en Lamu se estaba acabando. Sólo nos quedaba regresar, ducharnos, cenar en el malecón e irnos a dormir sabiendo que al día siguiente cogeríamos de nuevo un avión a Nairobi, esta vez para finalmente conocer, por mi parte, el orfanato de St. Paul's.

### **30 agosto – 2 septiembre 2008**

Sobre las cuatro de la tarde llegamos a la que sería nuestra casa hasta el final del viaje. Está situada en Olekasasi, una zona rural perteneciente al pueblo de Rongai, y a unos veinte minutos a pie del orfanato al que ayuda BOMA. En ella viven Mannaseh y Esther, un matrimonio con una pequeña de unos dos o tres años llamada Naomi. Tienen vacas, cerdos, gallinas y patos, además de unos siete u ocho perros. Mientras Isa y Luis ocupaban la habitación de al lado, yo compartí cuarto con Jaime y con Pablo, ocupando la parte superior de una litera. Otra cosa que compartí con ellos fueron chinches, o pulgas, o los dos, a juzgar por los pequeños puntos rojos que me salieron en una pierna después de la primera noche que pasé allí.

Más o menos, ya me lo habían adelantado: en el último año habían llevado a cabo mejoras sustanciales en el que ahora era nuestro hogar temporal. ¡Había ducha! Es decir, y para no formar una idea equivocada de lo que esto significa, había una manguera que salía del depósito de agua, que se introducía en una caseta y en cuyo final habían instalado una alcachofa con un sistema que calentaba el agua con electricidad, lo cual explicaba los calambrazos que daba aquello cuando te descuidabas y sujetabas demasiado tiempo la manivela que regulaba la presión del agua. Esta caseta estaba en el exterior de la casa, junto a otra prácticamente igual. Igual por fuera, ya que dentro el panorama era muy distinto; digamos, más oscuro. Y no sólo porque no había luz, sino porque en el suelo había un pequeño agujero que daba a un pozo y que era lo más parecido a un váter que había en la zona. Como bien me dijo Pablo cuando inocentemente le pregunté por él, el concepto de cuarto de baño no aplicaba...

Hasta aquí la descripción del hogar. Había llegado el momento de conocer St. Paul's, el orfanato. No todo iba a ser el buceo, las playas, los güisquis dobles en los bares, los paseos en barca, los cenotes, y los imperios de la solidaridad. Me apetecía por fin ver con mis propios ojos lo que hasta ahora sólo conocía por las fotos.

El camino que lleva hasta el mismo, donde el asfalto ni siquiera es un proyecto, transcurre principalmente entre humildes chabolas de familias desperdigadas a ambos lados. Raro era andar más de cien metros sin que los niños que jugaban al aire libre acudieran corriendo y sonrientes a darte la mano y a acompañarte un rato caminando. Pero más raro era aún que de las bocas de estos mismos niños no saliera varias veces una palabra que pronunciada por ellos parecía la invocación de un hechizo mágico que guardaba un fuerte deseo que esperaban de corazón que se hiciera realidad: *ballooni*. Es decir, globos. Los responsables de la asociación BOMA ya sabían de esta debilidad, así que en sus bolsillos llevaban una buena ración de ilusión de bajo coste. Un pequeño mimo que se permitían y que hacía las delicias de los pequeños como es difícil imaginar si no has estado allí y has visto sus caras de alegría al recibirlos como regalo. Pero es que ésas eran las mismas caras, o muy parecidas, con las que te miraban las otras veces (pasamos, evidentemente, muchas veces por allí) en las que los bolsillos de los reyes magos de Madrid no habían repostado en Globalandia. (Por cierto, creo que es el momento de decir que, días atrás, Isa había dado unas clases a los adolescentes del orfanato sobre los beneficios del uso de unos parientes muy cercanos de los *ballooni* que ahora nos ocupan.

Efectivamente, se venden principalmente en farmacias. Toda educación al respecto es poca en lugares como en el que nos encontrábamos).

Y, por fin, el orfanato.

Asombro, admiración, lástima, alegría, incomprensión, indignación, certidumbre, esperanza. Ciertamente, las horas en St. Paul's son una mezcla constante de sentimientos muchas veces enfrentados, o como poco, contrapuestos, desde el primer momento en que cruzas la puerta de entrada y comienzas a caminar sobre las losas que hace un año financió la asociación. Aquí sí cobra sentido la palabra suerte, ya que sin duda para cualquier niño sería tener buena suerte haber nacido en Madrid, y mala suerte haberlo hecho en Olekasasi. El papel que tiene la suerte en el principio de la vida deja menos lugar a la discusión que el que se le suele atribuir a medida que ésta avanza. Podría haber sido peor, eso seguro, pero ellos crecerán sin ser conscientes de que lo que les ha tocado vivir es sólo una posibilidad, y no una imposición. Lo que es imposible de aceptar es que esa suerte sea, además de escasa, sistemáticamente menguada por la voluntad de otros.

El orfanato acoge a unos treinta niños y niñas de todas las edades que siempre se alegran de verte. La pequeña Esther es normalmente de las primeras en acercarse. Te mira desde su poco más de medio metro de altura, con el cuello doblado hacia arriba, tirándote del pantalón y exigiendo compañía. Se agarra a ti de la forma más familiar y cariñosa que os podáis imaginar. Y no se cansa.

No van limpios. De hecho, van sucios. Algunos, muy sucios. Después de todo, no olvidemos que estamos en una zona rural de África donde hay mucho polvo y estamos hablando de niños, pero algunos pueden estar horas con la ropa manchada de comida o de sus propios excrementos. ¿Por qué? ¿Es que no hay prendas suficientes? Hay ropa de sobra, amontonada, quizá esperando una época de mejor gestión. ¿Entonces es que no hay personal para atender a los niños? ¿O el que hay no es adecuado? Los hechos dejan a la vista que no lo es, pero no sabría juzgarlo. No me voy a meter en detalles de gestión u organizativos, que para eso ya tenemos el *blog* de la asociación donde se nos informa de estos asuntos de primera mano y con mayor detalle y fiabilidad. Lo que ocurre es complejo de resumir, pero tiene que ver principalmente con la organización, con las ganas de esforzarse y con la dejadez.

Otros están enfermos. Durante mi estancia, coincidió el día en el que el médico venía de visita. Diagnóstico global: por cada niño sano en St. Paul's hay uno que no lo está. Hasta en lo que algunos llaman mala suerte hay grados. La segunda vez que fui al orfanato, encontré a Luisitio tumbado en un sofá, completamente quieto, con sus acostumbrados mocos secos en la cara. Dado que esta descripción puede confundir a alguien, aclararé que no se trata de Luis de Azcoitia, aunque en honor de éste le pusieron ese nombre, sino de uno de los huéspedes de St. Paul's que llegó el año pasado. Esta pequeña víctima de la desidia tenía un rostro que no expresaba nada. Los estímulos exteriores, las carantoñas, las palabras amables, las invitaciones a jugar, sólo encontraron por respuesta la mirada que me hubiera devuelto si le hubiera dicho cualquier otra cosa, o si no le hubiera dicho o propuesto nada. No ayudaba que tuviera esa tos de sonido tan grave que si cierras los ojos bien podrías asociar a un anciano. Tampoco lo hacía que tuviese malaria. Malaria en una zona considerada de bajo riesgo.

Los dos días y medio que pasamos en Olekasasi dieron para algo más que estar en el orfanato, hablar de los niños y jugar con ellos. Aparte de varias visitas al bar que da nombre a la asociación (aunque *boma* tiene, como dije, otros significados), pude conocer, acompañado de Jaime y Pablo y aprovechando que Isa y Luis remataban los últimos asuntos pendientes de St. Paul's, el parque nacional de Nairobi, que tiene uno de los lados de su perímetro abierto a la sabana. Desde luego, no es un safari, pero fue una pequeña ración de lo más parecido a uno que tuve tiempo de hacer. Al parque puedes entrar con un coche particular y recorrerlo siguiendo los senderos señalizados. Nosotros lo recorrimos en taxi con un conductor que nos había acompañado en otras ocasiones. Mientras estábamos allí, empezó a llover, lo cual añadió un elemento muy singular a la visita, estéticamente llamativo, pero también la hizo mucho más complicada y a la postre derivó en que nos perdiésemos varias veces antes de encontrar la salida, ya cuando había anochecido. No paró de caer agua sobre Rongai durante horas. La principal consecuencia fue el corte en el suministro de electricidad que tardó en regresar algo más de dos días. Ahora había que recorrer los mismos caminos que antes, sólo que convertidos en lodazales, a velocidades mínimas y con la dificultad multiplicada para transitar por esos caminos de por sí bacheados y complicados de transitar.

La última noche, como agasajo de despedida para nuestros estómagos, cenamos en un restaurante para extranjeros llamado *Carnivore*, donde probé la carne de cocodrilo y la de

avestruz. La noche anterior habíamos cenado aún mejor en la casa de una amiga de la madre de Jaime que vive en Nairobi, Mariekke, una señora encantadora que cuenta con nuestro agradecimiento por aquella noche para siempre. Fue una cena divertida donde fuimos muy bien recibidos, casi homenajeados (ésta fue mi sensación, al menos, tanto más comprensible cuanto mejor se nos contextualiza) que además se aprovechó para establecer un vínculo inicial con las buenas relaciones que las amigas de la anfitriona, también presentes, tenían con gente influyente del país, algo muy importante para el futuro de la asociación en todos los sentidos. Y no puedo evitar mencionar de manera especial el que podríamos llamar (prefiero no entrar en detalles) “plan orquestado para ir uno a uno por turnos al añorado y limpio cuarto de baño sin que se note demasiado”. No perdonamos la ocasión, como íbamos confirmando al cruzar las miradas cuando volvíamos al salón con el deber cumplido o cuando nos aprovechábamos de nuestra pequeña ventaja al poder hablar en español entre nosotros. Lo que me recuerda que el postre estaba exquisito, por cierto...

Según dicen los que la han probado, algo de lo que yo me libré, la comida de St. Paul's está en las antípodas del postre que acabo de mencionar. Eso ayuda a entender las reacciones de los niños a la idea de Luis que llevamos a la práctica en una de nuestras visitas al orfanato: comprar helados y botellas de refrescos para todos. Pusimos a los niños en fila y fuimos repartiendo uno a uno ese ratito de placer de supermercado del que pocas veces disfrutaban, a juzgar por sus ojos. Uno de los niños, ante el panorama de la finitud de su regalo, rompió a llorar en el momento en que contempló su tarrina vacía. Toda una alegoría de diez minutos sobre la felicidad, la pérdida de lo que te la da, y el horror de comprender.

Voy acabando, que no tengo *casi* nada más que decir. Las palabras hacen posible que algo tome significado y pueden enunciar la verdad. Ese *algo* que me ocupa aquí con el que quiero terminar estas líneas es difícil de transmitir, pero a la vez estoy seguro de que se me va a entender.

Si algo me gusta de la palabra *suerte* es que se contrapone a *destino*. Por definición, entonces, la mala suerte en origen puede ser sólo una fase temporal en la vida de cualquiera. Yo no creo que haya capítulos escritos en ninguna vida. El pensamiento

contrario está encamado con la inacción. Es el pensamiento más cómodo, y no tiene cabida ni en Isabel ni en Luis.

Participar en un sorteo benéfico, viajar a Kenia a visitar dos días un orfanato, pasar unas horas con los niños... nada de eso es, ni siquiera, ni de lejos, ni por asomo, un grano de arena o una gota de agua. Que no se me malinterprete: sin la ayuda de todos los que, de una u otra forma, hacen posible con sus aportaciones y su apoyo, que BOMA vaya consolidándose y gestando su identidad propia, no estaría ahora mismo escribiendo sobre nada. Lo que hacen Isa y Luis, y yo los he visto hacerlo, sí es un grano de arena o una gota de agua. Nada más que eso; pero no conozco ningún desierto ni ningún océano que no esté formado por granos o gotas.

Para que no todo dependa de la suerte, existe BOMA. Para vencer a la maldita inercia, a la que demasiado frecuentemente damos la mano cómodamente complacidos en nuestra pasividad, bloqueados en la maraña de incompetencia, burocracia, desidia, demagogia y mala fe que caracteriza a toda sociedad humana, para intentarlo al menos, lo cual es mucho más de lo que la mayoría de nosotros podremos decir nunca, están Isa y Luis.

Sería yo incoherente y contradictorio si acabara deseándoles buena suerte al matrimonio en esta aventura en la que están metidos. Pero aún no he conocido a nadie que no lo sea, así que como puede significar tantas cosas, todas buenas, ni más ni menos pretendo acabar así, ya que de vuestra suerte en este proyecto depende la de otros en mucho más. ¿Qué sería, entonces, la suerte para vosotros? No lo sabría explicar, pero seguro que no tiene sentido sin el trabajo, la dedicación, la voluntad, la acción, la determinación, el coraje y el corazón. ¿Y qué es entonces para nosotros? Eso lo tengo más claro: conoceros, apoyaros, admiraros y estar con vosotros.

Buena suerte y gracias por darme la posibilidad de haber hecho este estupendo viaje.

Javier González Caballero